

El la selección de hoy, del capítulo sexto del Evangelio de San Juan, termina con la dramática proclamación de Jesús: "*Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed*" (Jn 6:35).

Al centro de nuestra comprensión de la Iglesia Católica Romana sobre la enseñanza y la práctica del Sacramento de la Sagrada Eucaristía se cree que en la celebración del pan físico y del vino, aunque en su forma exterior retiene su apariencia y sabor a nuestras sensaciones físicas, se convierten a través de la persona y acción del Espíritu Santo, que es invocado además por el sacerdote cuando dice la oración de la Iglesia, usando el lenguaje tradicional: "el mismo cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesús". En otras palabras, Jesús el Hijo divino de Dios, que asumió la plenitud de nuestra vida humana, nuestra carne y sangre a través de su nacimiento, se convirtió en la verdadera y real presencia de un ser humano que vivió, trabajó, predicó, sufrió y murió en la historia de la humanidad, y ahora como el Señor Resucitado se hace presente a nosotros en su misma persona—plenamente Dios y plenamente humano—a través del sacramental signo y/o símbolo del pan y del vino. Es el mismo Jesús, sin embargo el modo o medio de su presencia a nosotros son diferentes.

Las encuestas en los últimos veinte años indican que cuando se trata de esta doctrina de fe con respecto a la presencia real de Jesús en la Sagrada Eucaristía, hay una considerable incompreensión y confusión. Algunos lo ven como meramente una reminiscencia de lo que Jesús dijo e hizo en la Última Cena. Otros mantienen una excesiva física y literal comprensión en lo que ven, por ejemplo, cuando se rompe la hostia consagrada creen que los huesos de Jesús están siendo físicamente aplastados. Ambos puntos de vista son incorrectos.

Como en todos los sacramentos, el pan y el vino en la Santa Eucaristía son realidades físicas. Como en todas las realidades físicas que se utilizan en los demás sacramentos (agua, petróleo, tacto humano, palabras humanas), todo estos son símbolos que a través y por los cuales Dios y nuestras vidas se encuentran el uno al otro. Un símbolo es un objeto físico el cual consagra dentro de si mismo la realidad que representa ya sea detrás o en el interior de este. Piensen en el reciente debate sobre la bandera del Confederado de la batalla del Sur. Al igual que todas las banderas, que consagra creencias particulares de gente, de valores y de emociones. La bandera es capaz de generar fuertes reacciones en aquellos que interactúan con ella. Esto es lo que hacen los símbolos.

En la Última Cena, Jesús tomó el pan y el vino, estas realidades físicas están llenas del simbolismo en la historia del cuidado de Dios para su pueblo, y es evidente en la primera Lectura de hoy: en la historia del ‘maná’, y que agrega un nuevo nivel significativo cuando se los identifica con su propia anonada muerte sacrificial. El pan que ahora proclama ser "*Este es mi cuerpo, que es entregado por ustedes*"(Lucas 22:19); la copa de vino "*El cáliz de mi sangre, la sangre de la alianza nueva eterna, que será derramada por ustedes y por muchos para el perdón de sus pecados.*" Estos ya son grandes símbolos de la interacción de Dios con su pueblo y que ahora toman una eterna divina significancia y presencia. Así como las palabras pronunciadas por el divino Hijo de Dios, como divina palabra de la creación, estas palabras afectan lo que proclaman. Mientras que los símbolos externos de pan y vino permanecen, ahora en su forma natural, en su propósito y en su efecto, ellas han sido transformadas para siempre. Ellas ahora llegan a ser el medio por el cual Jesús ofrece el don de sí mismo a todos aquellos que lo consumen, en fe, y es el medio por lo cual ellos y Jesús, entran en un una vida común—una santa comunión. Esto es lo que significa la doctrina de la "presencia real" de Jesús en el pan y el vino en la Santa Eucaristía.

Sin embargo, la creencia en la presencia real de Jesús en la Sagrada Eucaristía es más que una doctrina estática, es solamente una doctrina intelectual. La creencia en la Presencia Real, la participación en la Misa y recibir la Sagrada Comunión, exige algo más de nosotros. Eucaristía nos alimenta, pero también nos transforma en ser más perfectos miembros del Cuerpo de Cristo, de modo que podamos ser el "Pan y el Cáliz de Vida" para otros. San Agustín en su famoso sermón número 272 establece: "***Ustedes son el cuerpo de Cristo y sus miembros...Es este misterio que está puesto sobre la mesa del Señor. Ustedes reciban el misterio que son ustedes mismos, que es decir ‘El cuerpo de Cristo’. A eso que eres, responde Amén, y al responder (así) le darás testimonio....Sé miembro del cuerpo e Cristo, para que su ‘Amén’ responda la verdad***". Al decir ‘Amén’ al Cuerpo y la Sangre de Cristo, cuando recibimos la comunión, es de comprometernos nosotros mismos a una relación con Jesús, de vivir como Jesús, y como lo dice san Pablo en la segunda Lectura de hoy: "*Él les ha enseñado abandonar su antiguo modo de vivir, ese viejo yo, corrompido por deseos de placer. Dejen que el Espíritu renueve su mente y revístanse del nuevo yo, creado a imagen de Dios, en la justicia y en la santidad de la verdad*". (Ef 4: 20,24). Que podamos llegar a ser lo que una vez más recibimos.

Padre Jim Secora